

LA LUZ DEL ORIENTE

JESÚS SÁNCHEZ ADALID



best
seller

Por el autor de
EL MOZARABE

En el siglo III de nuestra era, el Imperio Romano se halla sumido en una profunda crisis a todos los niveles: Los violentos movimientos sociales, políticos y religiosos que se han sucedido a lo largo de su existencia se acrecientan en esta época. El inmenso rompecabezas de dioses y cultos que caracteriza la vida religiosa del pueblo romano se halla en el epicentro de esta espiral de febril agitación.

En este escenario, Félix, un joven lusitano movido por el deseo de encontrar sentido a su vida, está a punto de comenzar un largo viaje que le llevará a recorrer gran parte del Imperio Romano, desde Emérita hasta la fastuosa corte persa, pasando por Tarraco y Roma. La corrupción que reina entonces en la capital del Imperio lo castigará, aunque encontrará consuelo en brazos de una joven en un templo gnóstico.

Su heroica vida de soldado le permitirá conocer a importantes filósofos y pensadores de la época, que le guiarán hasta encontrar respuestas a sus eternas preguntas.

*A mi padre, sabio y ávido lector,
tras cuyos pasos me adentré en la literatura
de temática histórica.*

CRONOLOGÍA

- 222** Asesinato de Heliogábalo y de su madre, en provecho de su primo al que había adoptado en el año 221. En esta fecha muere Tertuliano.
- 222-235** Reinado de Severo Alejandro.
- 224** Entrada triunfal del sasánida Ardacher en Ctesifonte: el reino persa sustituye al reino parto.
- 227-229** El emperador kushana Vâsudeva se alía con el rey de Armenia contra Ardacher.
- 228** Asesinato del prefecto del pretorio Ulpiano por los pretorianos.
- 229** Dion Casio cónsul con el emperador Severo Alejandro.
- 230** Orígenes tiene que salir de Alejandría.
- 231-232** Primera guerra contra los persas.
- 235** Asesinato de Severo Alejandro y de su madre en Maguncia.
- 235-284** Años de anarquía militar.

A partir del año 235 se suceden emperadores más o menos efímeros, en medio de las peores dificultades exteriores e interiores: todas las fronteras son atacadas y rebasadas; en las provincias se producen levantamientos y secesiones; la crisis económica es cada vez mayor.

- 238** Proclamación y asesinato de Gordiano I y Gordiano II en Cartago.
- 240** Muerte de Ardacher; sube al trono Sapor I.
- 240-243** Viaje de Mani por las orillas del Indo.
- 241-251** Conquista del imperio kushana por el Irán sasánida.
- 242-244** Campaña de Gordiano III contra Sapor.
- 243** Sínodo de Bostra. El obispo Berilo se retracta del sabelianismo.
- 244** Plotino llega a Roma para enseñar; muere en el 269.
- 244-261** Misiones maniqueas en Egipto.

*Todo aquello sucedía en figura, esto en verdad.
Si aquello que te parece maravilloso no fue más
que una sombra, cuánto más maravilloso no será
esto cuya sombra te admira.
Tú has conocido lo que tiene más valor, pues la
luz es preferible a las tinieblas, la verdad a la
figura...*

*Del Tratado sobre los misterios,
de Ambrosio, siglo IV d. C.*

*Cuatro son los puntos cardinales: norte, sur,
este y oeste. Cualquiera persona reconoce sin la
menor duda que debemos orar mirando al oriente,
expresión simbólica del alma que mira al levante
de la luz verdadera.
Por decisión humana los edificios miran
indistintamente a una u otra parte, pero la
naturaleza prefiere el oriente. Lo que es por
naturaleza ha de anteponerse a lo arbitrario...*

Orígenes, año 240

1

Mi abuelo Quirino no confiaba en los dioses. A veces me parecía que tampoco creía en ellos. Durante gran parte de su vida estuvo influido por los viejos estoicos; pero como la vida le fue siempre favorable y le ahorró sufrimientos, nunca supo aceptar la vejez y se rebeló conscientemente contra la Providencia. Aun así, nunca adoptó ademanes desesperados; simplemente era escéptico y ocasionalmente irónico con los asuntos religiosos.

Amaba los libros; vivía entre ellos. Mi padre solía decir que era un hombre aburrido, pues no mostraba interés por los negocios ni por otras ocupaciones mundanas. Pero lo que de verdad le ocurría es que había perdido el deseo a fuerza de pensar que sus objetivos eran caducos, pasajeros. Aparte de la lectura, tan solo una cosa parecía entretenerlo: la cría de palomas, a la que se entregaba absorto en un hermoso palomar levantado en los jardines de su *domus*, al otro lado del río. Pasaba horas contemplándolas. A cada una le tenía asignado un nombre, y gustaba de emparejarlas por colores para multiplicar la variedad en el bando. Como durante el día vivían sueltas, las esperaba a la caída de la tarde, para verlas regresar y hacer el recuento. Mientras contemplábamos aquellos vuelos de retorno, en cierta ocasión me dijo:

—Míralas, hago las parejas a mi antojo, juntándolas en un cajón. Dejo vivir a los pichones que me interesan y me deshago de aquellos que sobreabundan en un color; cuando quiero las regalo o las cambio por otras. Cuando alguna es belicosa y molesta a las demás, mando al criado que la

golpee contra el suelo y la desplume. Luego me la como en salsa de almendras. Aun así retornan aquí cada tarde para alegrar el jardín con revoloteos y arrullos.

Dicho esto se quedó abstraído un momento, mirando el cielo de la tarde, limpio de nubes, y continuó:

—¿No somos los hombres como ellas que, a pesar de las pruebas a las que nos somete la vida, retornamos siempre a los dioses?

Entendí aquella pregunta como una afirmación, sin prestar atención al interrogante: los hombres son fieles a los dioses en las dificultades de la vida.

No obstante, aquella interpretación era la de un niño en cuya mente no cabía la duda. Con el tiempo comprendí cuál era la pregunta que anidaba en el ser más profundo de mi abuelo Quirino: «¿Por qué ser fieles a los dioses y vivir atados a ellos?». Porque si hay tribulaciones o dichas en la vida son fruto del azar; los dioses no existen, o si existen, no les importan los asuntos humanos.

Pero estos pensamientos los deduje yo a lo largo del tiempo, porque no actuaba él con impiedad o con amargura contenida. Era, en cambio, aparentemente impasible, digno sin artificio; jamás daba la impresión de cólera o cualquier otra pasión. Siendo muy rico, vivía un régimen de vida frugal, discreto, alejado de las estridencias y las ansias de relumbre. Creo que fue esta manera de ser suya lo que lo llevó a abandonar su casa de la vía Lautitia para retirarse definitivamente a la *domus* del otro lado del río Anas. Era todo un signo de su desapego y de su indiferencia ante la vanagloria de los honores aparentes. La discreta cancela que daba paso a los jardines, que se abrían ante la austera casa campestre, estaba a continuación de los columbarios y de las tumbas marmóreas alineadas a lo largo de toda la calzada. Daba la impresión de que siempre quiso morar vecino a la muerte.

El pasado político de mi abuelo Quirino era todo un misterio. De su vida en Tarraco sabía que descendía de una

ininterrumpida estirpe de senadores a la que él se incorporó; había llegado a ser tenido por un gran jurista, miembro del mismo colegio que Ulpiano, de cuyo asesinato tuvo noticia siendo yo aún un niño. Disfrutó, pues, de los beneficios del orden más elevado de los ciudadanos romanos y tuvo muchos conocidos entre los grandes de su época. Pero algo debió de suceder en los tiempos de Caracalla, cuando se publicó la constitución que puso a todos los provinciales al nivel de los ciudadanos romanos. Desde entonces fue relegado y optó, junto con otros magistrados de provincias, por alejarse de los círculos enrarecidos donde debió de estar en peligro. Desde que se exilió en Emerita, se alejó definitivamente de la vida pública y eludió todo contacto con los ambientes municipales. Del pasado no hablaba jamás, ni para bien ni para mal. Lo poco que yo sabía de su vida era a través de mi madre, o a través de mi tío Silvano, que gustaban de fantasear y presumir de los tiempos en que vivieron en Roma, incorporados a los círculos de la nobleza. Pero sospecho que ni ellos mismos llegaron a saber nunca los motivos de su caída en desgracia.

En este momento, pasado el tiempo, deduzco la amarga nostalgia del viejo Imperio que embargaba a mi abuelo. Algo se había rebelado manifiestamente contra los antiguos beneficiarios del orden social y político: el terror que, en particular bajo los primeros emperadores Severos, se abatió sobre la clase senatorial, herida por condenas a muerte y confiscaciones sin número; las medidas políticas y administrativas que limitaron el papel del Senado y de los senadores; las que impusieron a los elementos acomodados de las poblaciones urbanas aplastantes cargas fiscales y económicas. Ciertamente, en la elección de los jefes y autoridades se reflejó una preferencia: jefes militares, sin duda, pero llegados por otros caminos que la carrera senatorial que había valido su mando a Vespasiano o a Trajano. Mi abuelo había visto a aquellos nuevos poderosos entregarse a un juego sangriento de irrisorias marionetas, con muchos

cambios desconcertantes, contradicciones y sobresaltos, en los que la liberación de los instintos tuvo su parte y explicó lo caprichoso. Fue imposible negar su desprecio por las jerarquías del pasado, su ignorancia de los encantos de una civilización refinada a cuya última generación había pertenecido mi abuelo. Por eso se sintió fuera de sitio, relegado por el mero orden de las cosas.

Después del asesinato de Cómodo, surgieron soberanos del bajo pueblo italiano o provincial, de origen muy modesto y de educación intelectual muy mediocre. La latinidad rústica se implantó entonces sólidamente. Hombres que no habían hecho otra carrera que la del ejército, salidos de la última fila y habiéndose elevado solo por sus méritos a los puestos de confianza, se sentaban en los asientos de honor por encima del antiguo orden senatorial y se emparentaban fácilmente con el círculo de la nobleza. A veces sospeché que mi padre, militar de profesión, escogió a mi madre por puro afán de reafirmar su fulminante ascenso social, y aquella duda me hizo sufrir en la juventud.

Al desencanto de mi abuelo se sumó la escandalosa proliferación de sectas y cultos orientales, que llegaron para pegarse como lapas a los antiguos dioses, hasta convertirlos en irreconocibles figuras exóticas de ambiguo significado y sincrética unidad.

Amaba la filosofía, pero se quejaba amargamente de que últimamente estaba contaminada. «El viejo fantasma del platonismo tiene la culpa de todo —me dijo una vez—, porque con su idealización de un mundo en otro lugar, ha hecho a los hombres desdeñar el presente y buscar otras seguridades y otros consuelos. Él es la puerta por donde se ha colado el cristianismo separatista y los infectos cultos místéricos que devoran el corazón de nuestra cultura».

Cuando decía estas cosas y otras semejantes, parecía ser fiel a la vieja religión. Pero jamás lo vi sacrificar nada a los dioses ni cuidar del fuego sagrado del hogar. Tampoco lo vi llevar al *lararium* las ofrendas después de cada comida

diaria ni invocar la protección de los lares y de los penates o desear contentar a los lémures. Decididamente, mi abuelo Quirino no creía en los dioses.

2

Mi primera memoria vaga difusa entre las nieblas tempranas de Villa Camenas, a orillas del río, entre las extensas vegas que se extienden más allá de Metilium. Mi padre puso nombre a la villa en recuerdo de las ninfas acuáticas cuyas fuentes brotan en un bosquecillo cercano a Roma, en las proximidades de la puerta Capena. Ciertamente, en lo que al agua se refiere, no pudo escoger un nombre más adecuado, pues junto a la casa manaban dos fuentes abundantes y, dondequiera que se cavaba unos palmos, brotaba con alegría entre las limpias arenas. El capricho de hacer la casa en aquel lugar le costó no pocos disgustos: la humedad subía desde el suelo y trepaba por las paredes; todas las mañanas las losas del patio aparecían mojadas por el rocío y la lucha contra las zarzas no tenía tregua. Pero lo peor eran las crecidas del río, que nos obligaron más de una vez a subir apresuradamente a las barcas que siempre estaban amarradas en la orilla. Los inviernos eran cortos, pero fríos y lluviosos; los veranos, densos y vaporosos, con desesperantes nubes de mosquitos.

Aun así, la vida en Villa Camenas era hermosa. Jamás podré olvidar el color de las viñas en otoño y los paseos a caballo por los estériles arenales sembrados de juncos. La vista alcanzaba hasta los montes de Metellinum, en la dirección en la que corrían las aguas, y se perdía entre las densas alamedas de las orillas, al otro lado de la vega.

Mi padre recibió aquellas tierras cuando regresó de Roma, con sus compañeros de la orden ecuestre, después de haber dado la victoria al emperador Septimio Severo frente

a su adversario Albino Cloro. El vencedor fue generoso con los hispanos que lo habían apoyado. Para hombres como mi padre, en la edad en que la vida militar se empieza a hacer fatigosa, aquello supuso la retirada definitiva de las artes de hacer la guerra.

Desde que el uso de la razón acudió a mi mente, conozco a mi padre al frente de la casa; pero los criados y mis hermanos recuerdan otros tiempos en los cuales se ausentaba, a veces por más de un año. Toda su vida anterior estuvo para mí envuelta en el misterio. Lo que sabía era a través de mi madre, de los criados o de mis hermanos mayores; pero sospecho que en aquellos relatos abundaba la fantasía.

Mi padre era un hombre práctico, amante del orden y poco dado al lujo externo y a las fiestas. La mayor parte del tiempo la dedicaba a recorrer los sembrados y a cuidar de que su propiedad y sus ganados no sufrieran mermas. Hacía ya tiempo que su única afición eran los caballos y la gestión de sus tierras. Nunca amó la política, ni las cuestiones sociales. Detestaba la urbe. Aun así, varias veces al año, acudían sus amigos para juntarse a recordar los viejos tiempos y a componer sátiras sobre los hechos conocidos del momento. En verano se reunían en el jardín y las voces y las risas entraban por las ventanas. Para mis hermanos aquello era un acontecimiento: se situaban en las terrazas y aguzaban el oído para no perder detalle de la conversación. Después, durante días, se regocijaban con lo que habían escuchado. Pero yo era entonces pequeño y apenas recuerdo el tema de aquellas reuniones.

Mi padre y sus amigos habían pasado la vida luchando. Eran hombres de la Séptima Legión, acostumbrados a tener que pelear en destinos periféricos, mal pagados y con escasos medios militares. Ello había conformado toda una forma de ser: eran escépticos, críticos y solo reconocían valor al dinero. Con la victoria de Septimio Severo, la suerte les había mirado directamente a la cara. Por fin había llega-

do el momento de regresar y prosperar con la recompensa del nuevo emperador. Algunos se convirtieron rápidamente en asentados plutócratas al frente de los cargos municipales que pudieron agenciarse. Otros pasaron al grupo restringido de los grandes, favorecidos por el príncipe y por la habilidad de sus especulaciones. La ostentosa Emerita era generosa en asignaciones imperiales y en «aguinaldos» nobiliarios. Pero mi padre estuvo entre los que optaron por cobrarse el favor en tierras; siempre desdeñó las intrigas de la ciudad y su ambiente enrarecido.

Aun así, como tantos otros caballeros de Emerita, conservó una casa en la urbe, aunque la mayor parte del año la pasábamos en la villa rústica. Si no hubiera sido por la obligación del culto oficial, estoy seguro de que apenas habríamos puesto nuestros pies en aquellas calles atestadas de gente. Pero, al menos en dos ocasiones al año, había que acudir para presentarse ante los dioses del Imperio.

Guardo nítidos recuerdos de aquellos viajes a Emerita. Los días precedentes a la partida exasperaban a las mujeres de la casa, apresuradas por los preparativos. Llegada la madrugada, sentía los brazos de mi madre alrededor del cuerpo y cómo estos me levantaban del lecho y me transportaban por los pasillos en penumbra. Después, el fresco del exterior en el rostro y el denso rumor de los pájaros removiéndose entre los árboles. Entonces entreabría perezosamente los ojos y comprobaba que estaba en la carreta, acostado junto a mis hermanos. Por las aberturas de los toldos entraba la primera luz de la mañana. Se escuchaban las órdenes y las varas chocaban contra la piel de los bueyes, las pesadas ruedas chirriaban y la comitiva emprendía su marcha. Yo me recogía con gusto entre las mantas y deseaba aguantar sin dormirme para saborear aquel momento que tanto había deseado en los días anteriores, pero el sueño me vencía y me rendía plácidamente en sus brazos.

Cuando el sol estaba ya alto, despertábamos y se retiraban los cortinajes: atravesábamos los puentes de piedra

que sostienen la calzada sobre el río y veíamos los barcos de los pescadores sobre el agua.

Forzando el paso, el viaje hasta Emerita podía hacerse en una jornada; pero mi padre prefería hacer noche por el camino y llegar a la mañana del día siguiente. Para los niños aquel era el mayor aliciente del camino.

La calzada sigue paralela al río mientras recorre las vegas arenosas. Más adelante asciende por los cerros y llega frente al lago de Cornalvo, al que circunda para ir serpenteando hasta los muros de la ciudad. Hasta llegar al lago, el trayecto es agreste, entre encinares y alcornocales poblados de jaras. El agua sorprende, como un gran espejo de plata entre el verde pardusco. Cuando las primeras carretas llegaban junto a la orilla, se levantaba una estruendosa multitud de aves acuáticas y los gansos corrían sobre el agua, extendiendo las alas y lanzando el cuello hacia delante.

Los carros bordeaban la orilla hasta llegar junto a la presa, construida con grandes sillares de piedra. Allí nos deteníamos para pasar la noche en nuestros propios vehículos, porque las posadas cercanas a Emerita eran lugares poco recomendables. Cuando amarraban los bueyes, saltábamos a tierra y corríamos hasta el agua para zambullirnos y nadar placenteramente. Por la mañana, poco después de dejar atrás el lago, se divisaba por primera vez la ciudad desde unos altos cercanos: los fuertes muros de piedra, los puentes sobre el río, los templos emergiendo entre los barrios laberínticos, el foro majestuoso y los acueductos volando sobre los huertos ordenados. Después de tantos meses en el campo, el conjunto de la urbe resultaba impresionante.

La entrada natural a nuestro barrio estaba en la puerta de Norba, por lo que había que bordear la muralla exterior, casi hasta el río. Los carros no podían penetrar por la abertura, de manera que se quedaban en la explanada y los bultos se transportaban a lomos de las bestias hasta la entrada de la casa. Aquellos muros elevados y aquel laberinto